

EL CUARTEL DE SAN OVIDIO EN OPORTO.

Siendo corregidor y proveedor de la comarca y ciudad de Oporto Francisco d'Almada y Mendoza, proyectó la construcción de un edificio destinado para acuartelamiento. Escógióse para fundarle el campo de San Ovidio, confundiéndose el proyecto y dirección de la obra al ingeniero Gudinot, coronel francés al servicio de Portugal. Quería este, así como el maestro de obras públicas, Joaquín de Costa Lima, que el cuartel se edificase en la parte alta de aquel campo; pero como los terrenos designados pertenecieran á dos familias poderosas de la ciudad, que vieron de mal talante el sitio elegido, decidíase por contemplación á ellas que el cuartel se levantará en medio del campo. A pesar de observar el arquitecto que perdería mucho aquel bello campo robándole una gran porción de terreno y cubriendo con el nuevo edificio la vista de la iglesia de Lapa, persistió Francisco d'Almada en la variación de local, y lo consiguió con su inmenso valimiento.

Comenzóse la obra por los años de 1797 á 1798, según los despos del coronel Gudinot; pero cuando el edificio tocaba á su conclusión suscitáronse algunas desavenencias entre aquel y Francisco d'Almada, siendo encargada la conclusión á José Francisco de Paiva, conocido después con el nombre de José Francisco de los cuarteles. El motivo ostensible de esta disidencia parece que fué el remate del cuerpo central del edificio, que según el dictamen de Gudinot debía ser coronado con un tímpano, decorado con las armas reales, y adornado con trofeos de guerra. Fácil es concebir cuánto ganaría al edificio con este coronamiento; por lo tanto debe creerse que disgustado aquel magistrado por cualquier otro motivo, hostó aquel pretexto para oponer á Gudinot de la dirección de la obra, siendo el resultado que el edificio quedase sin ningún carácter arquitectónico, y el cuerpo central sin elegancia alguna. José Francisco remató este cuerpo con las armas reales, colocando entre ellas dos cornucopias, adorno extravagante, propio de un colegio público ó mercado, pero no de un cuartel.

El del campo de San Ovidio es muy vasto, forma un cuadrilongo, cuyas bases laterales y fondo constan de un solo pavimento, destinado al acuartelamiento de los soldados; puede contener cómodamente hasta 15,000. En el centro tiene una gran plaza, y en el centro de él se eleva un pequeño edificio en que se hallan situadas las cocinas.

El campo de San Ovidio, modernamente llamado Campo de la Regeneración, es regular y muy estenso; á pesar de haberle robado el cuartel mucho terreno; está guarnecido del lado de la calzada por una fila de marmosillos y árboles. El cuartel ocupa el fondo del campo; por los lados pasan las calles de *Dezenda de Malo* y *Nova d'Almada*; la primera de estas es la que se ve en nuestro grabado, la segunda termina en la iglesia de Nuestra Señora de Lapa, donde está depositado el corazón de D. Pedro, duque de Braganza.

DE LA CAZA.

Si nuestro objeto fuera el analizar escrupulosamente el origen de la caza, tendríamos que buscarla en la infancia del mundo, pues los hombres, ya por inclinación, ya por necesidad, y muchas veces por propia seguridad mas que por conveniencia, han tenido en todo tiempo que ser enemigos en cierto modo de algunas clases de animales, y procurar hostilizarlos hasta la muerte, cuya persecución es lo que se entiende por caza generalmente, sea cualquiera el motivo que la promueva.

Los egipcios respetaban los animales hasta tributarles culto y adoraciones; de suerte que si pugnaban por cazarlos, era solo con el objeto, bien de domesticarlos, bien de encerrarlos en el recinto sagrado de los templos de sus divinidades en un principio; y cuando después se introdujo el sacrificio de sangre, con el de educarlos para conducirlos como hostias sagradas á la pira á ser inmolados en obsequio de los dioses. La sencilla religión de los egipcios pasó á los griegos, y de estos á los romanos, los que la acrecentaron notablemente.

Los combates del anfiteatro daban pábulo tambien á la caza de las fieras, de suerte que el hombre se convirtió en fiera para saciar sus deseos.

Diana era la diosa protectora de los cazadores entre los griegos, á la cual solian representar en este ejercicio, persiguiendo á conejos ó un ciervo ó otro animal silvestre, y el dios Pan era el que protegía este ejercicio entre los romanos. Los primeros, en obsequio de su diosa, colgaban las cabezas y pies de los animales á los árboles. Los antiguos egipcios eran muy aficionados á la caza del ganso y del loro salvaje, según Lantier, y sus cuerpos perfectamente dorados se col-

cahan como triunfos en los sitios públicos, y sobre las puertas de sus casas, adquiriendo gloria los jóvenes á proporción del número de toros que cogían. Aun se conserva entre nosotros esa misma costumbre, aunque algo modificada, y nuestros lectores verán á cada paso las cabezas de venados, ciervos y jabalíes adornando las casas de los aficionados. Los cuernos de toros también solían engastarlos en oro y plata para servir, ya de adorno, ya de vasos en los grandes banquetes. Los animales que se preferían para la caza, según Gregoire de Tours y Fortunato, eran los ciervos, cabras salvajes, halabos, osos, asnos salvajes y jabalíes.

Los antiguos escribieron tratados y aun poemas sobre la caza. La lamensidad de piedras grabadas en anillos representando conejos, ciervos, etc., á instrumentos de caza, los señala como propios de los cazadores antiguos. Los griegos lanzaban á la fiera ó bestia salvaje desde el cañaló un palo con un hierro puntiagudo llamado por ellos máza, *podum* por los latinos, y venablo ó jabalina por nuestros antiguos, de la que aun se sirven los árabes del desierto. *Xenophonte* en la *Cirropedia* explica por boca del padre de *Cyclo* el modo de cazar con las aves y pájaros en su tiempo, y con perros las liebres (Lib. I, cap. VI.) En el mismo libro, Cap. IV, habla *Xenophonte* también de la educación que debía darse á los perros para la caza. *Spanhemio* y *Mr. Mongel* trataron de la caza de los antiguos perfectamente, como puede verse en las obras del primero y en las memorias del segundo sobre la caza de la liebre, inserta en 1812 en las obras de la Academia de bellas letras de París.

Los instrumentos que usaron principalmente los antiguos para la caza fueron: un dardo de tres puntas, otro con larga punta de hierro, flechas bien afiladas, espadas, rejonés, tridentes, dardos curvos y mazas redondas de plomo.

A pesar de todo esto, estos grandiosos pueblos no conocieron enteramente como diversion los incomodidades y fatigas inherentes á la caza, la cual tenían como peculiar de los salvajes, de los que es necesaria, como dijo *Jovellanos*: pero avanzando á la soberbia Roma, las legiones del Norte introdujeron, por do quier que dirigieron sus conquistas, sus costumbres fieras y guerreras; y la caza, á la que se entregaban durante la paz, fué desde entonces la favorita diversion de los pueblos.

Los godos tenían leyes de policía para la caza, y aun obligaban á ejercerla á los guerreros para que no se amilanasen en el ocio, cuando la guerra, que era su pasión favorita, no les ocupaba; por esta razón España admitió desde el principio de su dominación esta costumbre, que fué la más favorita de los caballeros de la edad media, antes de la introducción del torneo y demás ejercicios á que después se dedicaron.

El genio reflexivo que caracteriza á los españoles les hizo buscar novedades en la caza, y de la de fieras pasaron á la de aves, que les ofrecía mayor diversion por lo mismo que necesitaban de más artificio y más estudio: fué aquí la division de la caza en montería y cetrería. Las aves de rapina fijaron filosóficamente la atención de los cazadores, y su educación ocupó un lugar distinguido en las páginas del arte. El alcotán, alfabeg, bomy, azor, neblí, sacre y gerifaltes eran las aves más apreciadas, y se las cuidó de tal suerte que en toda la Península, particularmente en Asturias, había azoteras ó gavilanceras donde se criaban y educaban con el mayor esmero, llegando hasta el extremo de que arrojado un halcón á cualquiera ave, la cogía y la traía á la mano del cazador. El canceller don Pedro Lopez de Ayala escribió un arte de cetrería, al que remitimos al que quiera instruirse por menor en este género de caza, y por él se ve lo generalizada que estuvo en España esta costumbre, de la que se da también razón en los cantos de nuestros antiguos poetas, como puede verse en el *Romancero general*, particularmente en los que tratan de los infantes de Lara, y en el que inserta Buran en el suyo, pag. 41, tomo IV, que dice así:

Á cazar va el caballero,
Á cazar como solía;
Los perros lleva cansados,
El falcon, perdido había.

En la villa de Niebla, durante el reinado del rey Vamba, dice el erudito Covarrubias, se vieron unas aves de rapina que se domesticaban con facilidad, á las cuales se les puso el nombre de Neblis, y estas aves fueron las que usaron los cazadores durante la dominación de los godos hasta la pérdida de España.

A pesar de lo borrascoso del reinado de Pelayo, los nobles astures, en los pequeños intervalos de paz que les dejaba el agareno que pugná por conquistarlos, se entregaban á la caza de montería, y la historia nos pone de manifiesto la desgraciada muerte del hijo de don Pelayo, muerto por un oso en los montes de Cangas. En algunos monumentos antiguos se advierte aun la afición de aquellos guerreros á la caza, entre ellos el chapitel de una columna de la iglesia de Villanueva,

en la que se halla entallada con su halcón en la mano el rey don Favila, según lo afirman los PP. Sandoval y Flores.

Alfonso el Sabio recomendó á los príncipes y señores la caza. El mismo Alfonso XI compuso, según dice un escritor, un libro de montería que se publicó por Gonzalo Argote de Medina, y esta diversion tan agreste llegó á ser en tiempo de Juan II y Enrique IV una diversion enteramente cortesana. Al bronco cuerno que llamaba á los perros, se sustituyeron los alabales, bocinas y trompetas, y un gran número de halfejeros y halconeros conducían diestros vieblis.

Las hallas españolas, tan atrevidas como liebrucosas, quisieron participar de esta diversion, y sin manifestar incomodidad ni miedo alguno, caminaban al monte sobre blancas hacenas seguidas de sus dueñas y doncellas, y mezclándose con los cazadores, las más atrevidas soltaban el halcón á las aves que con maestría se las traían á sus manos, á lanzaban con gallarda el agudo venablo á la fugitiva fiera, no sin peligro de una desgracia algunas veces. Aquellas que no habían recibido de la naturaleza dotes varoniles, presenciaban la fiesta desde andamos perfectamente adornados, que se alzaban en el centro del monte, y desde ellos lanzaban sus neblies.

La vuelta de una cacería era una de las cosas más suntuosas que podían verse en aquel tiempo: los alabales y trompetas abrían la marcha; después seguían los halfejeros; luego los perros con ricos collares; en seguida los halconeros conduciendo estas aves: los caballeros y las damas seguían después, perfectamente equipadas, todas á caballo, y cubrían la marcha los monteros escoltando un carro en que se llevaban las reses cubiertas con ricos reposteros, y otros conduciendo los venablos y demás armas y pertrechos de caza. Las aves se ostentaban como gala, llevándolas por banda alrededor del cuerpo los escuderos de las damas que las habían cazado.

Hasta el siglo XV estuvo en toda su fuerza la espresada costumbre; pero inventada la pólvora, é introducida en España la escopeta, la caza sufrió una completa revolucion, y en ella concluyó de ser útil el halcón y demás aves de espina, y parecieron las balistas y catapultas, pues el nuevo instrumento de muerte bastó para toda suerte de caza. Desde esta época, como la caza fué más fácil y menos costosa, se extendió á todas las clases, y la lucha contra los animales fué más terrible.

Todos los reyes de España han sido más ó menos aficionados á la caza; pero el más aficionado después de Carlos I fué Carlos III, de que son buenos testigos los reglamentos que dió sobre la custodia de jabalíes, venados y demás en los montes del Pardo, y el gran número de monteros y demás empleados que tenía solo para la caza. Su hijo Carlos IV tuvo también mucha afición, pero no en tanto grado.

G.

MELODÍAS HEBREAS.

(LORD BYRON.)

ELLA SE ACERCA RADIANTE DE HERMOSURA.

Ella se acerca radiante de hermosura, como la noche de los climas sin nubes y los cielos estrellados; todo cuanto la sombra y la luz tienen de más encantador se ha reunido en su semblante y en sus ojos; una dichosa alianza produce en ella esa dulce claridad que el cielo niega al esplendor del día.

Una sombra de más, un rayo de menos, hubieran casi alterado la gracia instable de cada trenza de sus negros cabellos, que espárese un encanto seductor en su rostro. La serenidad de sus facciones revela la pureza de sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan aquellas mejillas, y aquella frente tan dulce, tan tranquila y tan florente, recuerdan días pasados en la virtud, en aims en paz con toda la tierra, y un corazón cuyo amor es inocente.

EL ARPA DEL REY POETA.

Rozas estan las cuerdas del arpa del rey poeta, del príncipe de los hombres, y del elegido del cielo; esta arpa no es ya el arpa consagrada por las lágrimas que vertían todos aquellos que escuchaban sus acordes melódicos. Dóblese el llanto; sus cuerdas estan rotas!

Ella hablaba con su dulzura los corazones de hierro, y les comunicaba virtudes; no había sido tan insensible, ni alma tan fría que resistiesen el poder de sus sonidos. El arpa de David era más poderosa que su trono!

Ella cantaba los triunfos de nuestro rey; celebraba la gloria de nuestro Dios; regocijaba nuestros valles, y hacía inclinarse á nuestros cedros y á nuestras montañas; sus armonías subían al cielo; y allí resuenan ahora.

Desde entonces... no se les oye en la tierra; pero la piedad y el amor arrebatan aun el alma con sonos que parecen salir de los arios celestiales, empujándola dulcemente en esos sueños que la resplandeciente claridad del día no pueda interrumpir.

SI EN ESE MUNDO ELEVADO...

Si en ese mundo elevado que está más allá del nuestro, el amor sobrevive con nosotros; si el corazón del objeto amado nos conserva allí en ternura; si sus ojos son los mismos, aunque no humedecidos por el llanto, ¿cuánta no será la felicidad de ser admitido en esas esteras desconocidas! ¿Cuán dulce no sería morir en esta misma hora, volar lejos de la tierra, y ahogar todos nuestros temores en el océano de la eternidad!

Y así será: no es por nosotros mismos por lo que temblamos en la ribera, cuando impacientes por salvar el abismo, permanecemos aun sustrados á la frágil cadena de la existencia. ¡Ah! creamos que en este porvenir encontraremos los corazones que estuvieron unidos á los nuestros, para refrescarnos con ellos en las ondas inmortales, y pertenecerles para siempre sin temer la separación de la muerte!

LA GACELA SALVAJE.

La gacela salvaje puede aun triscar con alegría sobre las colinas de Judá, y templar su sed en todas las fuentes que brotan de esta tierra santa; sus áereos pasos se detienen, y su ojo brillante no distingue en torno suyo nada que la espante.

Judá ha oído en otros tiempos sobre estas colinas pasos no menos ágiles, y ha visto ojos más seductores; ha conocido en estos lugares, hoy desiertos, habitantes más dignos de embellecerlos. Los reos balacean aun su follaje sobre el monte Libano, pero las nobles hijas de Judá no están allí.

¡Mas dichosa es la palmera que sombra estas llanuras, que la raza dispersa de Israel! La palmera habita en el lugar en que se ha arraigado, y es la hija graciosa del desierto; no puede abandonar el sitio de su nacimiento; no podría vivir en un suelo extraño.

Pero nosotros estamos condenados á vagar afrentados y á morir en tierras lejanas; nuestras cenizas no descansarán con las cenizas de nuestros padres; ya no resta ni una piedra de nuestro templo, y la tiranía está sentada en el trono de Salem.

¡OH! LLORAD POR AQUELLOS...

¡Oh! llorad por aquellos que lloran en las orillas del río de Babilonia; por aquellos cuyos templos están desiertos y cuya patria es un sueño; llorad sobre el arpa despedazada de Judá; gemid... Allí, donde habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen Dios.

¿Adónde pues lavará Israel sus piés ensangrentados? ¿Adónde le consolarán los dulces cantos de Sion? ¿Cuándo la melodía de Judá recogerá á los corazones, que saltaban al oír sus acantos celestiales?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿adónde habéis para hallar reposo? La paloma torcaz tiene su nido; la raposa su cueva; los pueblos su patria... ¡Israel no tiene mas que la tumba!

AMOR SIN FÉ.

NOVELA ORIGINAL.

(Aprobada por el censor.)

A FERNAN CABALLERO.

Nadie puede negar á la inspirada autora de *Clemencia*, *Lágrimas* y *La Gaviota*, las altas dotes de inteligencia que constituyen el poeta y el novelista. Vuestras obras, escritas con gala y fluidez de estilo, líanas de ternura y poesía, siempre basadas en una fábula de reconocida moralidad, os hacen muy digna del renombre literario que en poco tiempo habéis alcanzado.

Peró aun mas que vuestro talento de escritor, amó los sentimientos de vuestra alma. No os conozco; sin embargo, me parece imposible que la autora de *Sola* no tenga un corazón dulce y bueno, como las ideas que vierte su pluma. Esta creencia me ha impulsado á dedicaros *Amor sin fé*, débil ensayo, desnudo de todo mérito literario; pero en el cual he tratado que domine el mismo espíritu de vuestras novelas: volver á la sociedad la fé que consuela, la fé que salva.

Aceptad, Fernan Caballero, esta ligera muestra de la estimacion que os profesa.

Luis VIDART.

Madrid 26 de abril de 1854.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL RETRATO.

¿Cuántos genios produce el siglo XIX! Era antes el saber patrimonio de pocos; ahora lo hemos arreglado de otro modo. Todos sabemos mucho, y no contentos con esto, tratamos de ilustrar al mayor número de ignorantes; cuya míope inteligencia no ve la luz de la ciencia, tan clara y resplandeciente en los venturosos tiempos que alcanzamos. ¡Ilustrar! Hé aquí el deseo noble y desinteresado de todos los que pluma en ristre nos lanzamos al terreno de la prensa. Para que nuestra sana intencion se cumpla, el militar habla de moral y filosofía, el abogado de táctica, el médico de bellas artes, y de este modo nadie comete errores, porque todos tratan de aquellas materias que sus estudios hacen que conozcan con mas profundidad.

No emals por eso, bellas lectoras, que es trillado camino el que á la inmortalidad conduce. No; son mas las dificultades que se tocan al escribir, que las ilegalidades de una eleccion de diputado, y que las sonrisas dulces de una coqueta *pur sang*. Y como ejemplo, mas de una hora hace que estamos discutiendo una descripción que presente novedad de las ferias de Madrid, y lo mas triste es que no la entendamos. Nosotros hablaríamos de las niñas que piden y de los galanes que dan; de los niños que lloran por juguetes y de los padres que lloran por el dinero que cuestan; de los pedantes que hojean libros que no entienden, y de los aficionados á pintura que buscan originales de Rubens y Murillo, de... pero basta, basta; todo esto se ha descrito por distinguidos críticos, y nosotros no haríamos mas que repetir mal lo que otros dijeron bien.

Dejemos pues la feria, y penetramos en los no muy espaciosos salones de la Academia de San Fernando. La exposicion de pinturas: primer cuadro, un retrato del general T...; segundo cuadro, un retrato del banquero H...; tercer cuadro, otro del conde de L... ¿Dónde están lienzos históricos, filosóficos y de costumbres? ¿No hay en España quien los sepa pintar? Respondan por nosotros *Godofredo de Bullon*, de Federico Madrazo; *La Prudencia y la Hermosura*, de Cardórrera; los paisajes de Villanad; *Don Rodrigo Calderon*, de Rivera, y otros mil cuadros de estos últimos años, que bien pueden figurar al lado de las concepciones célebres de Vermet, Decaisne y Delacroix.

Si esto es así, ¿por qué yace en doloroso abatimiento la pintura española? ¿Por qué los poderosos de la tierra carecen de buen gusto y de instruccion? ¿Por qué concluyó el tiempo en que Carlos V recogía el pincel á Ticiano, y Felipe IV pintaba la roja cruz de Santiago en el pecho de Velazquez? Lo que acabamos de escribir tiene algunas honrosas excepciones; pocas son, pero fuerza es confesar que existen.

¿Cómo divagamos! Desde los *genios* del siglo hemos pasado á las ferias de Madrid, y ahora nos encontramos en la exposicion de pinturas. Sin embargo, no sentimos nuestra venida á este sitio; nos hallamos delante del retrato de una bellissima jóven, hecho por un eminente artista; razon tiene á rolas:

Sin flores y sin hermosas,
 ¿Qué fuera de los mortales!
 Bien habéis brotado, rosas,
 Entre el lodo de los males.
 Qué para endulzar dolores
 Nos dió el padre de los reyes
 La beldad de las mujeres
 Y el perfume de las flores.

Hay á nuestro lado un jóven vestido de luto; contempla el retrato con una mirada llena de melancolía; tal vez habrá perdido hace poco alguna persona muy querida, y su tristeza se revela hasta en la expresión de sus ojos. Largo rato permanece el jóven con la vista fija sobre el cuadro, y no daba señales de abandonar aquel sitio, cuando un amigo que le acompaña le coge el brazo, diciéndole al mismo tiempo:

—Vámonos, Enrique, no te vayas á enamorar de ese retrato, como Pigmaliou de su estátua. Y en verdad que estos amores me parecen poco placenteros. Y al decir esto último pliega sus labios con una sonrisa que quiere ser maligna.

—Verdaderamente que es una jóven encantadora, contesta Enrique siguiendo el curso de sus pensamientos. *Ojos claros, serenos*, rubios cabellos, rosados labios, figura aristocrática y elegante... tiene razon, estoy próximo á enamorarme. ¿Sabes quién es el original de esa copia?

—No recuerdo ahora su nombre; pero creo que he visto á esa muchacha en casa de mi amigo la marquesa del Humo. ¿Qué pronto te entusiasma la beldad! Eres lo mismo que mi amigo el conde del Chojo:

desde la princesa viva
 á la que pesca en ruin barca
 no hay memoria á quien no suscriba:

su amor no reconoce distinciones ni categorías. ¡Qué muchacho tan elegante y de tanto talento es el conde! ¿Le conoces?

—Un poco. A mi modo de ver es uno de los muchos fátuos que se encuentran en la moderna sociedad española. Monta á la inglesa, habla en francés, canta en italiano, y se desata en distribuir contra el atraso y barbarie de España, repitiendo la conocida frase: *el Africa empieza en los Pirineos*.

—Chopo ha viajado por el extranjero; compara nuestra sociedad con la de las naciones mas adelantadas en la senda de la civilizacion, y no puede menos de lamentarse de que en España no haya ciencias, ni literatura, ni industria, ni nada mas que ignorancia, corrupcion y...

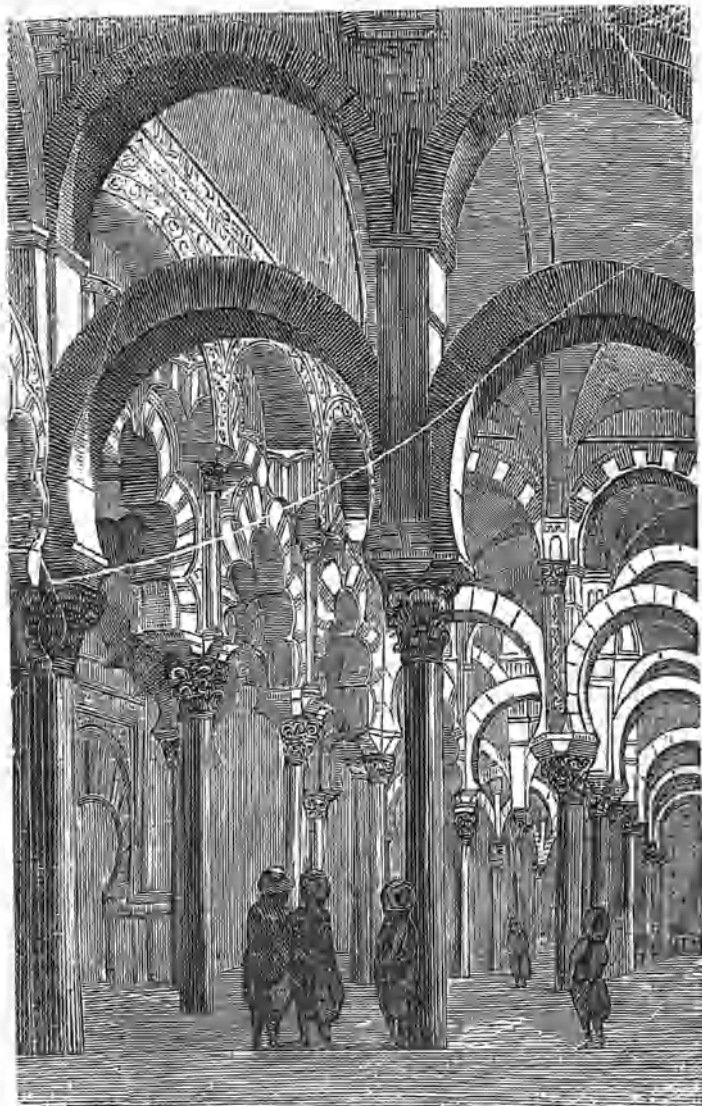
—Basta, basta. Nadie mas competente que el conde del Chopo para zaherir los vicios y desterrar la ignorancia. Estuvo en Londres y estudió profundamente el carácter del pueblo inglés, luciendo en Hyde-Park y Regent-Park sus magníficos trenes y soberbios caballos. Fué

después á París, y para comprender ese espíritu de asimilacion que constituye la ciencia y literatura francesas, se entregó á una pasion desenfadada por cierta bailarina, la cual le obligó á derrochar gran parte de sus cuantiosos bienes. Encontrándose lleno de deudas volvió á Madrid, y ciertamente que los descubrimientos que nos trajo Chopo de su científico viaje debieron de escribirse en marmóreas páginas y con doradas letras.

—Si Chopo no tiene una vasta instruccion, sabe al menos ser el ídolo de todas las mujeres.

—Tienes razon, Miguel; el recurso de Júpiter con Danae es eficazísimo en los tiempos que alcanzamos. No hay corazon que resista una lluvia de oro; todos se venden; el mas caro cuesta la mano de esposo, y el mas barato tres ó cuatro suspiros arrancados de lo profundo del... alma.

La conversacion de nuestros jóvenes interlocutores iba tomando un tinte de tristeza demasiado fuerte, y no tratando de turbar la ale-



(Interior de la Catedral de Córdoba.)

gría de nuestros lectores, les hacemos gracia de gran número de ideas muy dignas de inspirar la pluma del lacrimoso Bericito.

CAPÍTULO II.

UN DESANOGO DEL CORAZON.

Todo tiene fin y acabamiento en este miserable mundo. Todo lo concluye el tiempo:

Las torres que desprecio, al aire fueron,
A su gran pesadumbre se rindieron.

Las ferias de Madrid del año de 183... (época á que se refiere esta historia) no estaban exentas de la indeclinable ley que acabamos de citar. Los soldados de plomo habían sido sustituidos con los mazapa-

des de Toledo; el grito de «¡a los ricos melocotones de Aragón!» con el canto armónico de los pavos, y la exposicion de pinturas con los chistosos nacimientos donde halla tan grato solaz una parte del *ilustrado público* de la capital de España.

Empero si ha y algo eterno en el mundo, es el dolor en los corazones de nobles y generosos sentimientos. Vimos en la exposicion de pinturas un jóven cuyo melancólico mirar y sarcásticas palabras manifestaban á las claras el bondo penar que marchitaba su existencia. Subamos la magnífica escalinata de una casa de la calle de Alcalá; penetremos en el cuarto principal, y después de atravesar áureos y deslumbradores salones, llegaremos á un espacioso gabinete donde veremos á Enrique pálido, triste, meditabundo cual ya le hemos descrito la primera vez que apareció en nuestra pobre, si verdadera narracion.

Enrique de Aguilar es jóven y rico; no se sabe sea amante desdoblado; no tiene ambicion de goce materiales; ¿cuál es el oculto dolor

que hace nacer prematuras arrugas en su blanca y despejada frente! ¿En esta que acaba de escribir á su amigo Carlos de Alarcón contesta á esta pregunta. Héla aquí:

«Querido Carlos: sabido es que sirre de blando lenitivo á nuestros pechos el confiarlos á quien sea capaz de comprender y sentir las agitaciones de nuestra alma. No diré yo que estás dotado de una sensibilidad exquisita; pero sí que tu elevado talento te presenta claras las elucubraciones más confusas del espíritu amado, y perceptibles los más ignorados latidos de un corazón que combaten el desencanto de la vida y aspiraciones de célicas y no hallada ventura.

Amo la verdad,

Maz que las aves el espacio abierto
Y el pez el elemento cristalino;

por eso no procuro disfrazar el sentimiento que hace que hoy te dirija estas mal perjeñadas líneas. La ruda franqueza, al decir de Lamartine, es base de la verdadera amistad.

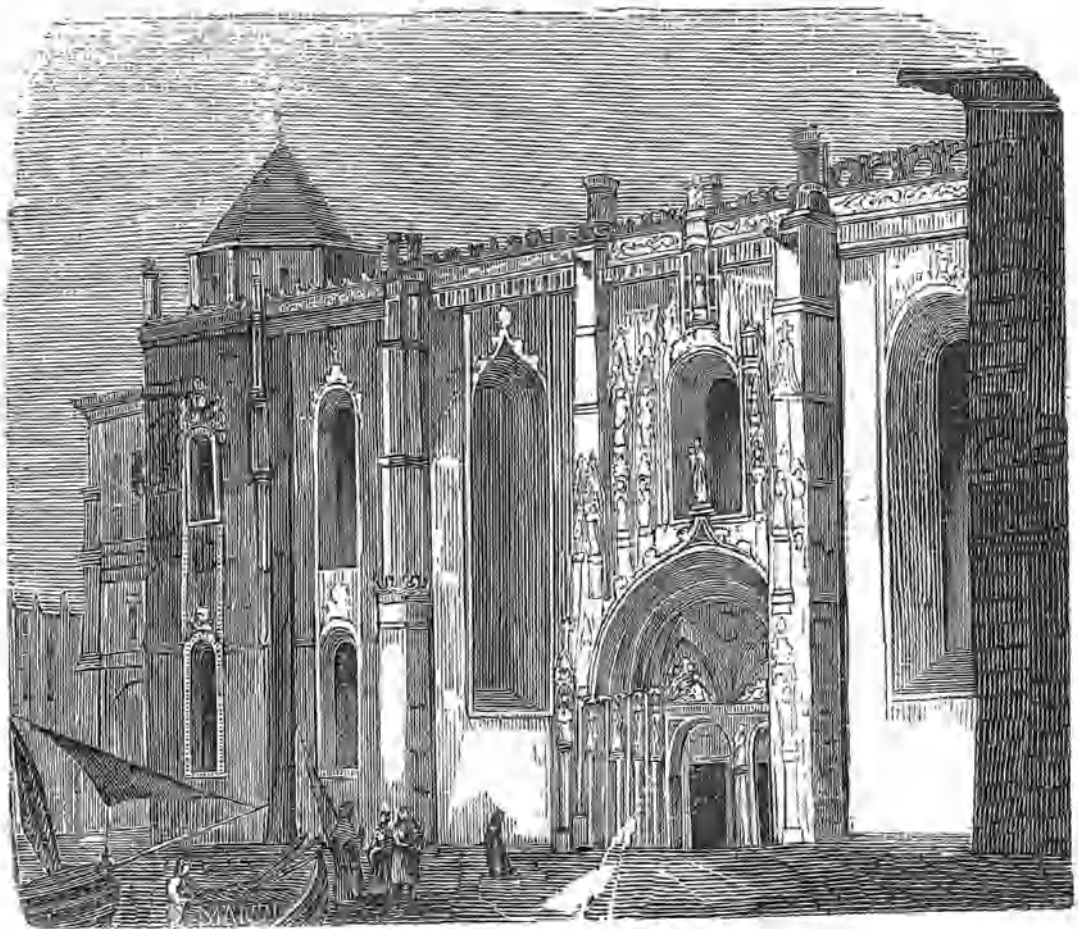
Hay horas en que dudo del estado de mi razón. Efectivamente, si se llama loco al que se aparta del comun sentir, no hay duda que estoy próximo á merecer este honroso título.

Sí, loco es el que se aflige hondamente al ver pobre y avergonzada la virtud, despreciado el talento y alivio el vicio, paseando su carro

triuñal á los ojos de la humanidad envilecida. Loco es el que pretende hallar amor en la mujer, lealtad en la amistad, nobleza en los corazones. Las llagas que corren la sociedad son tan antiguas como el mundo, y concluirán cuando el mundo. Millones de hombres apartan de su cabeza estas ideas, apujan hasta las bocas la copa del placer, piensan con temor en el día de su muerte; también hay seres que abandonan las cristalinas aguas del río para vivir contentos entre el lodo y el fango que cubren sus orillas.

Los pensamientos que dejo expresados tienen que morir en el corazón que siente su amargura en la cabeza que los concibe.

Hablábame la otra noche en casa de D. Pedro del Valle, anciano caballero, amigo há muchos años de mi familia, y que dice me profesa entrañable cariño. Posee el D. Pedro dos circunstancias que generalmente andan juntas, riqueza y avaricia. Buen cristiano, según su creencia, resa el rosario, asiste á las cuarenta horas, y demanda ante un juez á un honrado artesano que tarda en pagarle el alquiler de una miserable buhardilla. Alfredo de Gonzar, periodista político, incapaz de comprender lo que es política, pero que sabe muy bien los rastros medios por los cuales se adquiere una posición envidiable, y el conde del Chopo, un necio como hay muchos; estos eran las dos personas que por fines particulares, fijas de imaginar, acompañaban al rico propietario.



(Exterior del convento de Gerónimos de Bolen en Lisboa.)

Honda y no agradablemente preocupado, murmuraba en mi interior aquellos versos del filósofo García de Quevedo, cuando dirigiéndome á los seres humanos, esclama:

Raza de ángeles caídos
Del cielo desheredados,
Que naceis entre gemidos
Y vivís desesperados,
Y morís desprevencidos.
¿Por qué la vida idoralis?
¿Por qué la muerte lemeis?
¿Tanto el bien desconocéis,
que el dolor idolatráis
y la dicha aborreceis!

D. Pedro del Valle vino á suirme de mi meditativo estado, presuntándome: ¿Qué ideas embargan su imaginación, amigo Aguilar?

Añejas y amargas verdades, que nuestra vida es una noche de dolor apenas alumbrada por relámpagos de felicidad, que hacen más triste su oscuridad constante; que el mundo pobre y mezquinó solo nos ofrece pobreza y mezquinidad; que la muerte... Por Dios, amigo mío, son muy desoladas sus palabras; y no sé, porque Vd. no tiene ningún motivo de tristeza. Es joven, la muerte de su hermano mayor le há puesto en posesión de un pingüe patrimonio, tiene delante de sí un florido y brillante porvenir; ¿cuántos quisieran llorar con los ojos de Vd. No le ofendas, Enrique, dijo Gonzar, la juventud moderna es frívola, y sin embargo hace gala de dolores que no siente, porque la civilización ha hecho imposible el hastío de la vida: ese es uno de sus muchos adelantos. Teniendo riquezas, añadió el conde del Chopo, no hay amargura posible. En Londres, en París, en Madrid, en todas partes ha vivido gozando. El dinero es la panacea universal; solo necesita saber gastarlo. ¿Como Vd. lo hace, conde? dijo sonriendo. Justamente; nadie me gana en ese difícil arte.

Te la conversación que acabo de referirte, y del diverso carácter de las personas que en ella tomaron parte, deduce: que ni religiosa, ni política, ni mundanamente hablando, podía tener penas, y que debía ser feliz aunque no la había conocido hasta entonces.

La loca humanidad comprende tarde,

ha dicho el malogrado Iza; yo creo que no comprende nunca.

Robor me causa darte una noticia: amo estar enamorado. ¡Enamorado como un colegial, como un necio! Sí, porque necedad es dividir una mujer sujeta á todas las imperfecciones de la humana naturaleza. Quien tal hace, bien merece ser castigado con el rudo desengaño, consecuencia natural de falsas y mal sentadas premisas.

En las pesadas ferias entré un día en la exposición de pinturas con mi amigo Miguel de Castro. En hora menguada pisé los salones de la Academia de San Fernando; en uno de ellos había el retrato de una joven cuya celestial belleza solo admite comparación con los arrebatados sueños de poética fantasía. Con melancólico éxtasis contemplaba yo aquella pintura, cuando Castro, que tiene sus puntas de tanta y muchas pretensiones de entendido, me distrajo de mis pensamientos con su insulta y poco razonada conversación.

Después ha sabido el nombre de la joven cuyo retrato me llamó la atención: se llama Aglaé de Monroy; la he visto varias veces en los paseos y en los teatros; mis ojos siempre se fijan sobre ella con indefinible encanto; su imagen siempre se conserva en mi memoria. Hay veces que me parece imposible que bajo tan angelical figura se oculte un alma de mujer. Sin embargo nada mas cierto; será una de tantas.

Adios. Contéstame pronto; necesito oír una voz amiga: huyo

Enrique de Aguilar.

Un alma despedazada por la duda, pero tabosando nobles y generosos sentimientos; una inteligencia osada como el vuelo del águila; tales son las dotes que creamos descubrir en Enrique de Aguilar, deducidas de sus amistosas confianzas á Carlos de Alarcón. Quizá nos equivocáremos. Tal vez tengamos que añadir un desengaño mas á los muchos que hemos experimentado en esta miserable vida.

CAPÍTULO III.

UN BAILE EN EL TEATRO REAL.

El Carnaval hace milagros. ¡Tú que no crees en el amor de la mujer; que siempre hallas ocultos dolores en los mundanos placeres, pues los salones del Teatro Real en un baile de máscaras, con mengua de los preceptos filosóficos, con mengua de tu afecado escepticismo! De esta suerte hablaba Castro á nuestro héroe Enrique de Aguilar, el cual sonriéndose contestó á su amigo:

—No es un baile de máscaras la ocasión mas oportuna para discusiones filosóficas; pero voy á demostrarte que mi presencia en este sitio no implica la contradicción que tus palabras han indicado. Son tan necesarias las sensaciones á nuestra vida intelectual, como el aire á nuestra existencia física; el hastío no es mas que la falta de impresiones que conmuevan nuestra alma: las aguas del Tamesis saben los resultados de esta cruel enfermedad. Todo placer es hijo de un dolor y causa prodigante de otro nuevo. Pero es preferible la mezcla confusa de alegrías y sinsabores, que la indiferente calma, que concluye toda elevada aspiración, que mata hasta el último rayo de la consoladora esperanza.

—Muy bien, Enrique, muy bien; me has contestado con una arena ciceroñiana; me doy por satisfecho, y te absuelvo de tus culpas y pecados. Hablemos de otra cosa. ¿Has visto á mi amor?

—No sé quien es.

—Encarnación de Solougro.

—Muy señora mía; no la conozco.

—¿No conoces á la hija de los marqueses de Sotonegra? Es muy raro. Siempre la nombran los periódicos cuando describen algun *soirée fashionable*; es una bellisa enteramente griega. Estoy locamente enamorado; daría mi vida porque me correspondiese.

—¿Y dónde has conocido esa deidad?

—En casa de mi tia Mariana, la duquesa de Castro; mi amigo Ernesto, el conde del Chopo, tambien está muy apasionado; casi reñidos; pero después hicimos las paces, y se la ha cedido.

—En eso se conoce tu generosidad.

—No, yo no tenía gran interés en sostener mi conquista; ahora me dedico á la marquesa de Nueve-Torres, que aun cuando ya cuenta cincuenta años, es sin embargo lo que se llama una buena moza. Si no me equivoco es aquella que va allí; corro á hablarla antes de que se acerque algun importuno.

Dijo, y se alejó rápidamente marcando una dulce sonrisa para sazo-

nar su salud á la Nueve-Torres. Tocaba en aquel momento la orquesta una polka-mazurka sobre motivos de una celebrada ópera. Enrique seguía con su imaginación los armónicos sonidos; tranquila su alma, solo sentía ese constante vago anhelo de felicidad que nos persigue desde la cuna al sepulcro; se asemejaba á la calma del mar cuando apañadas nubes presagian próxima tempestad.

Aquí para vivir en santa calma,
ó sobre la materia ó sobre el alma.

Esto dijo Espronceda: en nuestro sentir son ciertas sus palabras: cuando los gritos de la materia y las aspiraciones del alma combaten crudamente despedazando nuestro propio corazón, no así cuando uno de los dos principios domina esclusivamente al otro. Como prueba de nuestra asercion, ved á Miguel de Castro, siempre contento y rozagante, siempre meciéndose en doradas ilusiones. ¿Queréis saber la causa? La inteligencia negativa le hace ver gayas flores en el agostado pensil; la vanidad de sus mezquinos pensamientos se halla satisfecha con decir que es sobrino de la duquesa de Castro, primo cuarto del barón de L... amigo del conde del Chopo y amante de la marquesa de Nueve-Torres. Los goces materiales tienen cumplida mente su existencia; su corazón no late de amor ni de entusiasmo; los menguados deseos de su menguada alma, pueden hallar fácil satisfacción en este miserable mundo. ¿Cuántos hay como Castro!

Hay momentos en nuestra vida en que al escuchar una armonía sublime, al contemplar un majestuoso paisaje, el alma desatada de las terrenales ligaduras, tiende su vuelo al azulado espacio; respira con delicia el aura de la libertad; se extasia ante magníficas increadas concepciones. Puras é ideales fricciones, que solo comprenden los que siempre miran al cielo para apartar sus ojos del tumultuoso tropel de las humanas pasiones.

La sublime religión del Crucificado halla el medio de tomar en placeres los sinsabores que el mundo nos proporciona. Sabe el cristiano que si el Poderoso le oprime, hay una justicia eterna que mide por igual raseró al siervo y al señor; sabe hallar en las injurias del enviódo el dulce gozo del perdón magnánimo, y en todo linaje de tristezas el remedo de la vida del Dios humanado. Por esto es feliz el ser cuya grandezza de alma atesora las cristianas virtudes.

No faltará lector, cuyo gusto literario educado con ciertas novelas de allende el Pirineo, en las cuales se suceden los acontecimientos con rapidéz eléctrica, que cansado de nuestras continuas digresiones, esclame con acento enojado al pár que desdeñoso:

—Este autor no sabe lo que escribe; llama novela á lo que verdaderamente es un monótono sermón, mezclada con quejumbrosas lamentaciones. ¿Por qué no trata de imitar la donosa invención de *Los tres mosqueteros*, ó la moral amable de *El hombre casado*? Es innegable que los españoles no saben escribir novelas. —Y tiene razon el sabio lector cuyas palabras acabamos de citar; para seguir sus consejos vamos á olvidar completamente las infelices producciones de Cervantes, Quevedo, Guevara, Mendoza, Espinal y demas novelistas españoles, para entregarnos al estudio de las verdaderas narraciones de Dumas, de las políticas obras de Eugenio Sue; y de los morales cuentos de Paul de Kock.

¿Por qué no son tan populares como fuera justo las obras de Ariza, Escosura, Fernán Caballero y otros novelistas de nuestra época? Porque tratan de conservar el sello de la literatura nacional, cuando España ha perdido todas sus gloriosas tradiciones; cuando solo nos queda el polvo de nuestros antepasados que hollamos con planta indiferente.

CAPÍTULO IV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Dejamos á Enrique de Aguilar en uno de esos momentos de vaga melancolía que preceden siempre á las horas sin luz que amargan nuestra existencia.

Enrique volvía en torno de sí sus miradas, anhelandó encontrar un objeto ó un incidente que le sacase de aquel penoso estado cuyo término conocia. El cielo piadoso le concedió escuchar el dulce acento de una elegante máscara que le preguntaba con esa confianza propia de los bailes de Carnaval:

—¿Te diviertes mucho?

—Para que alguna vez se oiga la verdad en este salón, te diré que me hastío mucho mas de lo que tengo por costumbre. Pero sepamos: ¿qué interés te ha movido á dirigirme la anterior pregunta?

—Te conozco mucho.

—No es difícil que así sea; pero para convencerme hazme el gusto de decirme cual es mi nombre.

—No puedo satisfacer tu exigencia; te he visto muchas veces en el Prado, en el Retiro y en los teatros; pero ignoro absolutamente cual sea tu nombre.

Enrique fijó su atención en la máscara, á quien dirigió la palabra:

un domito color de plomo y una careta de seda negra velaban gran parte de sus encantos. Sin embargo, la riquísima falda del vestido dejaba ver un pequeño pie, cual el de las hijas del Betis; al través de la importuna careta brillaba una mirada llena de suave y melancólica ternura; eran rubios sus cabellos, y de blancura alabástrina su torneado cuello; todos sus movimientos tenían ese sello de elegante sencillez, indicio claro de educación esmerada. Estaba acompañada de otra máscara cuyos juveniles modales y soltura complaciente la daban mas aspecto de bondadosa amiga que de guardadora mamá. Observó todo esto Enrique en mucho menor tiempo del que nosotros hemos tardado en describirlo: un rayo de luz iluminó su mente; su corazón latió con violencia; esta es, dijo para sí, mi hermosa desconocida de los paseos y de los letreros, la mujer que hace nacer en mi los agitados sueños de venturosos amores. Bajo el influjo de estas ideas, siguió el comenzado diálogo, diciendo á la encantadora tapada con voz algun tanto conmovida:

—Creo que tambien te conozco de *esta* y *mas* de lo que yo desearia.

—Parece que manifiestas sentimiento de saber quien soy. ¿Podrias decirme la causa?

—Para contéstarte seria preciso contarte la historia de un corazón, historia siempre pesada y por pocos comprendida.

—Te doy gracias por tu complaciente galanteria.

—No hay de qué; pero le explicaré mi proceder. Las penas deben confesarse á quien tenga noble corazón para sentirlas. Como esto es muy difícil de hallar, mas vale que mueran ocultas en el fondo de nuestro pecho. Por eso un poeta antiguo mio ha dicho en un momento de amarga tristeza:

Calla tu padecer noble y profundo;
La desgracia es ridicula en el mundo.

—¿Sabes que tienes una conversacion divertida y amable muy propia de un baile de Carnaval?

—Para contestar Enrique, cuando un grupo de máscaras se interpuso entre él y su discreta interlocutora, llamándole la atencion con las ingeniosas bromas que en tales casos son de costumbre:—Adios Juliana, te conozco mucho, mucho, adios, adios. He visto á tu prima Elena. ¿Dónde está tu amigo Narciso?—Y otras de este jaez, cuya gracia no hemos sabido encontrar, aunque hay quien afirma que la tienen. Cuando las chistosas máscaras dejaron solo á Enrique, vió que habia desaparecido el aplomado domito cuya presencia le causaba grata é inesplicable emoción. Cruzó el salon en todos sentidos con indagadora mirada: vano fueron sus esfuerzos; en ninguna parte distinguió el vestido de seda ó cuadros escoceses, el gentil donaire de su hermosa desconocida.

Aguilar sentia por Aglae de Monroy esa simpatia viva y ardiente, primer destello que da á conocer una pasión verdadera. Estaba convencido que la máscara del domito aplomado era Aglae, y sentia en el alma que sus escéntricas palabras le hubiesen puesto en ridiculo; puez como acertadamente observó la discreta niña, no eran propias de un baile de Carnaval tan melancólicas frases, tan poco halagüeñas ideas. Sabido es que el ridiculo es el mas poderoso acicate para hacer reír en el hombre muertos ó dormidos sentimientos.

Así pues Enrique deseaba encontrar de nuevo á Aglae, hablarla y demostrarla con medidas y corteses palabras que su carácter no era tan singular como á primera vista la habria parecido. Por otra parte, decia recordando su orgulloso escepticismo, nada me importa el concepto que de mí haya formado esa linda niña, cuyo único mérito consistirá en su belleza física, pero cuyo corazón estará formado de carton-piedra: y digo carton-piedra porque el mármol es demasiado hermoso y no está condecorado con mecánicas combinaciones, cualidades que hacen no sea comparable á los corazones de las modernas Julias y Heloises.

Estas reflexiones ocupaban la mente de nuestro héroe, cuando distinguió á lo lejos el elegante atavío de su desconocida máscara. En aquel momento, vencidos los razonamientos de su cabeza por los impulsos de su corazón, se lanzó rápidamente hácia el sitio donde viera el aplomado domito. Una consideracion le detuvo un instante en mitad de su camino; quizá me equivoque, dijo para sí, quizá no sea ella; no importa, añadió, yo lo averiguaré; y siguió andando con toda la rapidez posible en un salon cuajado de personas.

Observemos de paso que siempre que se dice *ella* cuando pensamos en una mujer, hay grave peligro de que en nuestro corazón se forme una monarquía mas absoluta que la del Czar de todas las Rusias.

CAPÍTULO V.

LA MILLOXÉSIMA EDICION DE UNA CONVERSACION ETERNA.

Después llegó Enrique cerca de la máscara del aplomado domito, y después de saludarla, así como á su compañero, con una inclinación de cabeza, comenzó á hablarla de esta suerte:

—Habrás notado, amable máscara, alguna incoherencia en mi lenguaje; incoherencia que quisiera explicarte, si estuviese seguro de que no me angustaban mis presentimientos.

—Te afirmo que no comprendo lo que quieres decirme.

—Deseo saber tu nombre.

—Adivínalo.

—Han pasado los tiempos de la magia; yo no conozco mas hechicera que tú.

—Eres muy galante.

—Y tú muy amable, si me concedes el favor que te he pedido.

—Quiero merecer tan á poca costa un dictado tan lisonjero; pero antes dime cómo te llamas tú.

—Enrique de Aguilar. Pronto he satisfecho tu peticion: haz tú lo mismo, puez tengo un poderoso motivo para desearlo.

—Mi nombre es Aglae de Monroy.

—Aglae! nombre tan lindo como la persona que lo lleva.

—¿Sabes que has variado tu carácter en un cuarto de hora?

—No; ahora olvido pasados desengaños para pensar en mi felicidad presente.

—¿Y cuál es la causa de tu ventura?

—El estar á tu lado.

—No creo en tus palabras; las dicta tu natural cortesania; en las siente tu corazón.

—Aborrecen la mentira porque mancha y enlamece. Para convencerte de que siempre digo la verdad, desearia verte á menudo; ¿á qué sociedades vas con frecuencia?

—A ninguna; salgo poco por las noches; solo algunas veces voy al teatro con mis amigos los de Ramirez.

—¿Y cuál teatro frecuentas mas?

—Eres por extremo curioso, y yo demasiado complaciente en satisfacer tus preguntas.

Y al decir esto Aglae, era la inflexion de su voz tan agradable, tan encantadora, que el mas desamorado pecho no pudiera escucharla sin conmoverse hondamente. ¿Qué mucho que Aguilar contestase con apasionado acento:

—No es una mera curiosidad lo que me mueve á hacerte tantas preguntas. Si te parece indiscrecion, perdona: cuando el corazón domina, nuestras acciones no se sujetan á las trabas sociales; pero son francas y sinceras. Si deseo saber dónde concurren, es porque cumplida fuera mi felicidad, si á todas horas te pudiese ver; si siempre pudiera contemplar á la mujer que hace nacer en mi pecho sentimientos que consideraba frias cenizas, muertas ilusiones.

—Vuelves á ser falso y lisonjero. ¡Al fin hombre! Todas decís lo mismo, sin engañaros, ni engañarnos, puez nada es verdad.

—Y tú eres tan bonita como cruel. ¿Por qué dudas de mis palabras?

—No es posible creer en un sentimiento inspirado en poco mas de dos horas. Apenas me conoces...

—Y esa es la mayor prueba de la verdad de cuanto te he dicho.

—¿Estraña prueba!

—¡Y no por eso menos cierta!

Y al contestar esto, los labios de Enrique dibujaron una triste sonrisa, y bajando la cabeza con ademán melancólico, guardó profundo y meditativo silencio.

—¿En qué piensas Vd.? le dijo Aglae con su acento siempre dulce, siempre agradable. Enrique levantó la cabeza y mirándola con sorpresa contestó:

—¿Qué dabo me han hecho las palabras de Vd.? ¿Por qué no sigue Vd. usando el privilegio que da la careta y me habla de tú? Suplico á Vd. me conceda este favor.

—Así lo haré, puez antes fué una equivocacion. Pero dime: ¿qué te preocupaba en esos momentos de meditacion que has tenido?

Aguilar fué á responder; luego detuvo las palabras que estaban próximas á salir de sus labios; y por último dijo:

—Pensaba en que como solo te veo en los paseos, mi primera mirada al abandonar el hecho se dirige al cielo, para calcular si el estado de la atmósfera permitirá al Prado estar concurrido aquella tarde. ¡Creo que con tales estudios voy á llegar á ser un astrónomo consumado!

Basta de diálogo amoroso, agradable y dulce para los actores, pesado y monótono para la mayoría de los lectores. Así pues, diremos que el baile del teatro Real de la noche del domingo de piñata del año de gracia de 183... terminó sin particular incidente que de contar sea. La concurrencia abandonó los salones á las seis de la mañana; y á las pocas horas en techos mas ó menos cómodos y elegantemente guarnidos, quién las delicias de un reposado sueño, quién los encantos de dulcisimas queridas ilusiones. No estaba comprendido en ninguna de estas dos clases Enrique de Aguilar; el sueño no cerraba sus párpados; la esperanza no moraba en su corazón.

CAPITULO VI.

POR NO ENTENDERSE.

Cuando arrebatada nuestra fantasía nos presenta el mundo á través del encantador prisma de la felicidad; cuando nuestro corazón late con el entusiasmo que da la fé, con la fuerza que da la esperanza, tal vez entonces un capricho de la imaginación rompa el brillante prisma, y trucaada en luto nuestra fugaz ventura, el recuerdo es la luz que guía nuestros pasos, cual débil lámpara que hace mas lóbrega la ruinosa galería del gótico castillo.

Enrique de Aguilar habia olvidado un momento pasados desengaños, crueles decepciones; Aglae se habia transformado á sus ojos en un ángel; pero su escepticismo luchaba con su amor, y á menudo rotas las espléndidas vestiduras del ángel, dejaba ver un esqueleto indigno de levantados homenajes.

A los pocos días del baile del Teatro Real escribia Aguilar á Carlos de Alarcón la siguiente carta que pinta el estado de su alma:

Perdona, querido Carlos, si los renglones que vas á leer te parecen pesados; confundidas mis ideas, apenas acierto á darme cuenta de las intensas emociones que agitan mi pecho.

En el baile de púñala del Teatro Real vi y hablé á Aglae de Monroy; su voz armoniosa cual el murmullo del aura al agitar mansamente las flores del pensil; su dulce mirada comparable solo al tibio rayo de la melancólica luna; en fin, ese encanto que solo ella posee, ¿quién podrá contemplarlo indiferente? ¿quién no olvidará un momento los frios racionales de la triste experiencia? Yo no tuve tal fortaleza; la hablé, y la palabra amor vagó mil veces por mis labios; al ir á pronunciarla amargos recuerdos anudaron la voz en mi garganta; ¿para qué recibir un nuevo desengaño?

Sin embargo, la pasión que me inspira Aglae está comprimida, no sofocada. Siempre que la veo acompañada por algun conocido de su familia, padezco profundamente; me parece imposible que á su lado no se hable de amor. Conozco luego la inensatez de mis pensamientos, y juro olvidarla. ¡Imposible! Cada día la amo mas.

Mi corazón cansado de su falta de creencias, á las veces es feliz con pasión tan ideal: pero hay horas de amarga duda, de rudos y largos combates. Sin embargo, no quiero acercarme mas á Aglae; todo lo que profundamente se conoce, profundamente se desprecia; Ghoëte sabio produce el fústo escarnio de la ciencia; Carlos V., emperador glorioso, invicto guerrero, desdeñando las vanidades del mundo, termina sus días en el monasterio de Yuste.

Aquí suspendí mi carta; hace ocho días que te escribí los párrafos anteriores. En este tiempo, ¡cuánto han variado mis sentimientos! Entonces estaba dominado por el recuerdo magnético del singular encanto de Aglae; ahora, algo mas libre de tan funesto influjo, he recordado que siempre cuento mis amores por las heridas de mi corazón. No culpo á la mujer; el hombre tambien la hace desgraciada; es condicion de la humana naturaleza causarnos mutuamente penas sin número, desengaños sin cuento.

Huyeron los bellos ensueños de mi vida; jamás volverán; mi lacrado pecho no halla ningun consuelo, porque como dice Vicetto:

El dolor sin la esperanza
Es como noche sin luna.

Si fuese el angelical rostro de Aglae el espejo de su alma, ¡cuánto la amaría! No, no; apartemos de la cabeza estos locos delirios, luces engañosas que conducen á insostenibles precipicios.

Adios, Carlos; consagra un recuerdo á tu infeliz amigo

Enrique de Aguilar.

Un mismo correo conducia la carta de Aguilar que dejamos transcrita, y otra de Aglae á su prima Elisa, que decía así:

¿Te acuerdas, querida Elisa, de las ilusiones que nos forjábamos cuando estábamos en el colegio? Creíamos que á los pocos pasos que diésemos en el mundo hallaríamos un amante adorado de todas las cualidades que nos pintan las novelas: apasionado corsazon, clara inteligencia, valor probado en el crisol de los peligros. Jurábamos consagrarle todos nuestros pensamientos, todo el cariño de nuestra alma. Su imagen siempre aparecía á nuestros ojos sublime cual la voz del huracán, melancólica como el último rayo del astro del día.

Al abandonar el colegio, la sociedad nos ha brindado con sus placeres; los hombres con sus insulsas galanterías, con sus conversaciones iguales y áridas como una llanura de la Mancha. El héroe de novela ha desaparecido para dejar lugar al atildado jóven de lustrosa cabellera y charoladas botas. Su corazón gastado no le permite gustar las delicias del amor, y si alguna mujer le quiere de veras, se burla con la necedad que le es propia de sentimientos que no es capaz de comprender.

El temor de colocar mi cariño en un fatuo ó en algun seductor irrestible me ha obligado á vivir sin amar. Mi orgullo ha salvado á mi corazón de crueles desengaños.

Pero mi resolución empieza á flaquear; á todas partes me acompaña el recuerdo de Enrique de Aguilar; de Enrique de Aguilar que apenas comenzo, cuyo carácter ignoro! Tal locura solo el amor puede inspirarla.

Hablé á Enrique en el Teatro Real; sus palabras me revelaron una existencia marchitada por el dolor; ¿fuera tan dulce hacer brillar la ventura en su noble frente? Empresa fácil si me amase, imposible si sus dulces frases fueron dictadas por la galantería de una noche de baile.

Breves minutos fueron las horas pasadas al lado de Enrique, jurándole la inmensidad de mi cariño. ¡Sueños hermosos que nunca se verán realizados! Nunca: porque si Enrique me amase, procuraría darme; lejos de eso, cuando le veo en paseo sus miradas tienen la tristeza de la pena, no el fuego del amor.

La indiferencia es la felicidad; recuerda siempre esta máxima de tu prima

Aglae.

¡Qué dichosa hubiera sido Aglae leyendo la carta de Enrique! ¡Qué dichosa hubiera sido Enrique leyendo la carta de Aglae! Razon tenía un crítico de principios de este siglo: el daño está en no entenderse.

(Continuara.)

EN UN ALBUM.

FRAGMENTO.

Difra el hombre su esplendor
en el amor de la gloria,
mas con instinto mejor
la mujer brilla en la historia
por la gloria del amor.

¡Ah! si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, hombre, á las bellas,
sino á tí, con tercio y quinto
mas débil que todas ellas.

Siervas en todo lugar,
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, hombre baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo, y por tí?

Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interés.

¿Por qué las quitas la fama...
si te arrojás á sus pies?

¿Por qué tu desprecio flora
la que con paciencia santa
cuando niño te amaba,
y cuando jóven te adora,
y cuando viejo te aguanza?

Si la mujer no hay placer,
¿Es fel? Bendice tu estrella!
¿Es mala? ¿Cómo ha de ser!
O capitula con ella...
O suprime la mujer.

MANUEL BRETON DE LOS IEBBEROS.

PEÑINO EL MAYOR.

Físico y naturalista famoso, vivió en tiempo de Vespasiano y Tito, que le honraron y estimaron mucho, y murió hacia el año 79 de Jesucristo, á la edad de 36 años.

COLECCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El corsé mata mas mujeres que las enfermedades.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario Pintoresco, á cargo de D. G. Alambra.